

## ESCRITO EN EL LODO

M<sup>a</sup> Carmen Gil del Pino  
Profesora dpto de Educación  
Facultad Ciencias de la Educación  
Universidad de Córdoba  
21/Junio/04

Me rindo. Tras cien lentos días de búsqueda infructuosa de nombre y de sentido para los acontecimientos del once de marzo me doy por derrotada, y concluyo, con un dejo tronchado y dócil, que el ser humano puede realizar por propia voluntad actos que exceden toda medida y, por tanto, toda capacidad de denominación y de significación. Ya no me engaño más. Lo que sucedió aquel día no tuvo nombre ni podrá tenerlo nunca.

El desbordamiento de la malicia que se produjo el más oscuro amanecer no fue una experiencia, ni aunque le arrojemos con toda nuestra rabia los adjetivos más mordientes – sangrienta, espeluznante, amarga, desgarradora, dolorosa...-, porque para que un hecho pueda constituir experiencia se precisan dos elementos, uno activo y otro pasivo. El componente activo es el ensayo, la intervención que hacemos sobre la realidad; el pasivo, el sufrimiento o el gozo –según el caso- que nos produce ésta como respuesta a nuestra acción; o, lo que es lo mismo, la (re)acción del mundo sobre nosotros. Así pues, sólo experimentamos cuando hacemos algo a una cosa y después ella nos hace algo a nosotros, cuando combinamos acción y pasión. ¿Qué hicimos nosotros el once de marzo, salvo madrugar para ir a nuestro trabajo, a nuestro instituto, o a nuestra universidad?

La propia estructura de las experiencias permite que de ellas podamos obtener enseñanza. Así, aprendemos a reorientar nuestros actos en función de las consecuencias que de ellos se derivan, consecuencias que primero sentimos –gozamos o sufrimos- y posteriormente almacenamos. Si combinamos dos ejercicios esenciales -el de retrospección y el de proyección- tendemos un puente entre lo vivido y lo por vivir, de modo que intervinimos en el futuro para que sea mejor que el pasado. Pues bien, es claro que no cabe obtener ningún provecho de aquel acopio de maldades. No aprendimos el día once nada que no supiéramos, ni nos dimos cuenta entonces de nuestra fortaleza ni de nuestra solidaridad. Ambas características –hagamos memoria- ya habían quedado probadas suficientemente en numerosas ocasiones.

No fue aquello una experiencia, no, porque las experiencias son cicatrices, huellas que nos quedan después de mantener relaciones dialécticas con el mundo, relaciones en las que somos actores. Cuando sólo somos desafortunados recipientes no hay huellas, sino heridas, desgarros, trozos.

Además, las experiencias, al estar cargadas de sentido, nos equilibran, nos calman, nos componen, nos cierran, nos retroalimentan. Constituyen un *feed back* que desempolva y sirve en cada momento la mejor respuesta a todo lo que fluye de manera preocupante dentro de nosotros. Sin embargo, aquellos salvajes actos nos dejaron desequilibrados, descompuestos, rotos, abiertos.

En definitiva, el ceniciento once nos quemamos –todos, porque compartimos la sustantividad- sin acercarnos a ninguna llama. La quemadura no fue el resultado de nuestro propio acto, esto es, no fue una acción de retorno y, por tanto, no fue una experiencia. Todos, acompasados, padecemos –padecemos- los efectos de la acción deliberada de otros. Y todos, desde entonces, intentamos atolondradamente denominar los hechos, establecer conexiones hacia

atrás, hacia adelante, hacia arriba y hacia abajo, buscarles sentido. No hacemos sino empeñarnos sin éxito en marcar sobre nuestra propia piel esa huella que dé a lo acontecido el carácter de experiencia. Nos equivocamos.

Asimismo, es erróneo creer que el once –abrasado, ciego día- saltamos por los aires por azar, por montarnos en un vagón determinado a una hora determinada, porque entonces, a aquel amasijo repugnante de todos los males habría que darle el nombre de accidente, y los accidentes, desde luego, son fenómenos aleatorios y, por tanto, sin intencionalidad. Suceden, simplemente, y suceden sólo porque tienen una probabilidad de ocurrencia conforme a la ley del azar, probabilidad que oscila entre 0 –suceso imposible- y 1 –suceso seguro-. No gozan, pues, de ninguna conexión con nuestra propia actividad ni con la de nadie. Si en un bombo, por ejemplo, hay cien bolas con idénticas características –peso, tamaño, textura, materia, forma...- y están adecuadamente mezcladas, todas tienen, según el principio de equiprobabilidad de los acontecimientos, las mismas posibilidades de aparecer. Claro que me estoy refiriendo a un principio apriorístico, ideal, porque si alguien manipula el bombo no podré seguir hablando de fenómenos probables, sino de ciertos o seguros. Y el escarchado once saltamos en pedazos porque alguien quiso que lo hiciéramos.

Por último, no sería apropiado –ni justo para las fieras- dar el nombre de bestialidad a lo que sucedió aquella mañana, sencillamente porque la bestialidad es el acto propio del animal, y éste lo realiza sin ninguna pauta de conducta, ni mala ni buena. Una bestia no se conduce por normas racionales, esto es, no obedece a ningún principio. Mas los individuos que cometieron aquellos actos se guiaron, sin lugar a dudas, por pautas depravadas. O dicho de otro modo, decidieron realizar sus acciones conociendo que realmente eran malas.

En fin, tomo la decisión de que lo acontecido el once de marzo permanezca dentro de mí sin nombre -porque no existe- y sin sentido -porque no tiene-. No me empeñaré durante más tiempo en elevar a la categoría de experiencia, de accidente o de bestialidad lo todavía innominado. No escribiré en mi carne –aunque me duela más que hacerlo- lo que otros han escrito en el lodo. Seguiré en pedazos.